

# EL BUEY AMARILLO

Miguel Fernández-Pacheco



A B A B

# EL BUEY AMARILLO

Miguel Fernández-Pacheco

A B A B

*Para M. L.*

© Miguel Fernández-Pacheco  
© De esta edición: Abab Editores  
[www.ababeditores.com](http://www.ababeditores.com)  
[info@ababeditores.com](mailto:info@ababeditores.com)

Diseño de la colección: Scriptorium, S. L.

ISBN: 978-84-612-0273-7  
Depósito legal: M-13392-2012  
Printed in Spain

## I

La historia que voy a referir es tan vieja como el mundo y se ha contado muchas veces y de muchas maneras. Esta es la que yo me sé.

Ocurrió en el tiempo de los reyes pastores. Una edad ciertamente remota, que puede parecernos ideal y hasta inexistente, aunque la citen las crónicas primigenias, que nos llegan repetidas de viva voz por los bardos ambulantes.

En aquellos benditos días, las leyes estaban aún lejos de promulgarse; de hecho, la inmensa mayoría de los hombres no sabía leer ni escribir. Las guerras por causa de los límites fronterizos eran poco frecuentes todavía y los gobernantes de entonces, en lugar de afanarse permanentemente, como los de hoy, en las turbias aguas de la política y las finanzas, estaban orgullosos de prac-

ticar la piedad, solían trabajar con sus propias manos y era corriente verlos pastorear apaciblemente sus rebaños.

A tan humanos menesteres se había dedicado toda su vida el rey Wong, del primitivo reino de Wei, hasta que, viejo y achacoso, decidió retirarse a una choza en las montañas y abdicar en su primogénito Han. Pero el nuevo monarca, más perezoso que diligente, prefería dejar las fatigosas tareas del ganado y la labranza en manos de su hermano menor, el príncipe Yao.

Así, el vagar por los valles en compañía de las bestias, el cultivar las tierras o el ejercitarse en la caza ocupaban al segundón desde que el sol salía hasta que se ocultaba en el horizonte. Los fríos intensos y los calores extremados, las largas cabalgadas y las caminatas extenuantes, la alimentación frugal y el sueño estrictamente preciso habían conseguido forjar en el joven no solo un cuerpo sano y robusto, sino un alma limpia, abnegada y diligente.

Era además, desde su nacimiento, extraordinariamente parecido a su padre, quien tuvo, en sus años mozos, fama de ser el más agraciado en

muchas leguas a la redonda; de modo que, cada vez que Yao, tras estaciones enteras en la campiña, regresaba por algunos días al gran caserón campesino donde estaba establecida la rústica corte, las jovencitas casaderas de la comarca, mis-teriosamente enteradas del evento, solían ataviarse con sus mejores galas y encontrar un pretexto para acercarse a verlo.

Naturalmente, al hermoso príncipe le hacía gracia semejante revuelo, aunque apenas le diera importancia, pues su sencillo corazón no se había conmovido hasta entonces con ninguna amorosa ilusión.

Se le antojaba más fascinante una puesta de sol que el rostro de la más bella muchacha; con lo que, pese a sentirse halagado por sus coqueterías, enseguida se desentendía de ellas como de algo aburrido.

Tal actitud acicateaba aún más a las enamoriscadas doncellas, poco acostumbradas a que el trotar de un potro, el vuelo de un halcón o la calidad de un arco despertaran más interés que el brillo de sus ojos, el ritmo de sus mangas o el tamaño de sus trenzas; de manera que la falta de atención del

doncel excitaba sus deseos de conquista y despertaba pasioncillas ciertamente inmoderadas. Las había capaces de pelearse por la posesión de cualquier cosa que hubieran tocado sus manos, y su delirio llegaba a tales extremos que, cuando el príncipe se cortaba el pelo, sus criados subastaban los mechones entre sus admiradoras.

La más encendida de todas, aunque lo llevara en el mayor de los secretos, era su propia cuñada, la esposa del rey Han, quien conservaba escondida, como precioso tesoro, una vieja camisa, robada al atractivo pastor, que se ponía a veces en la soledad de su alcoba.

Llegó un día en el que no pudo contenerse más y, en una de las visitas del mozo a la corte, encontrándose ambos a solas, trémula, jadeante y con la vista clavada en el suelo se atrevió a decirle:

—Sé que no debiera hablarte como voy a hacerlo y sé también que, si eres indiscreto, cuanto diga puede llegar a costarme la vida. Pero ya no puedo callar por más tiempo. Necesito que sepas que aunque mi cuerpo, según la ley, sea de tu hermano mayor, mi alma solo puede ser tuya. Me casaron con él por razones de estado y trato de cum-

plir, de mala gana, mis deberes de esposa, ya que entiendo que es justo que este reino tenga un heredero, mas nunca he podido amarle, entre otras cosas porque mi corazón te pertenece desde el día en que te conocí.

Hizo aquí una pausa la reina, levantó la mirada, fijándose por primera vez en el príncipe, que había bajado pudorosamente la suya, y continuó, como si estuviera en trance.

—¡Oh, cuán diferentes sois! ¡En verdad no parecéis hijos del mismo padre! Tú eres tímido y respetuoso, él atrevido y procaz; tú generoso y valiente, él mezquino y cobarde. ¿Por qué no serás tú el rey? Cuando te miro, ardo por igual de deseos y de remordimientos, y cuando te marchas, ay, entonces me quemo de soledad. Mi vida es así un infierno, cuyos tormentos crecen cada día. Figúrate cuán grande ha de ser mi desdicha, que, siendo la reina, daría con gusto mi corona por ser la última de tus esclavas. Por tanto, pídemelo lo que quieras; estoy dispuesta a todo por ti.

Ante tan vehemente declaración quedó el joven aterrado y la voz no acertaba a salirle de la garganta. Juzgaba todo aquello no solo contrario

al honor de su estirpe, sino monstruoso y abyecto en sí mismo.

Viendo que el poco tiempo de que disponían pasaba y el príncipe no conseguía responder nada, la reina, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, dio media vuelta y desapareció.

Él estuvo aún algunos minutos paralizado, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

Luego se marchó a los campos, sin recoger siquiera sus pertenencias, jurándose que jamás volvería a poner los pies en aquella casa.

## II

El tiempo transcurrió. Las lunas marcaron el curso de las estaciones y estas se sucedieron, unas tras otras. Veranos e inviernos, otoños y primaveras cambiaron los ropajes de la Tierra dos veces, sin que el príncipe Yao regresara a su hogar, ni siquiera para las solemnes celebraciones familiares en honor de los ancestros, en las que hasta el viejo rey Wong hacía el esfuerzo de descender de las montañas. Siempre había algún pretexto que lo retenía en los bosques o los pastizales.

Su hermano Han estaba encantado, aunque aparentara otra cosa. Toda su vida se había sentido celoso, no solo de la apostura y el éxito con las mujeres del segundón, sino de su capacidad de trabajo, de la firmeza de su carácter, del innegable aprecio que su padre o su pueblo sentían



Esta edición de  
EL BUEY AMARILLO  
es la primera de un original  
escrito en verano de 2002.  
Se compuso en *Bodoni Old Face BE Regular*  
y se acabó de imprimir en la primavera  
de 2012



ASPICIUNT SUPERI



La antigua leyenda de *La Tejedora Celeste*, que pasó a través de los siglos de Oriente a Occidente y figura en tantos fabularios de todas las épocas, se recrea, una vez más, ambientada en la China anterior a la época de los Reinos Guerreros.

Aquí, al clima heroico de las epopeyas tradicionales —donde abnegación, valor e intervención divina suelen estar presentes— se añade el humor, el amor y la filosofía, sin que nada de ello pierda su sabor, amable y fuerte a la vez.

ISBN 978-84-612-0273-7



9 788461 202737